

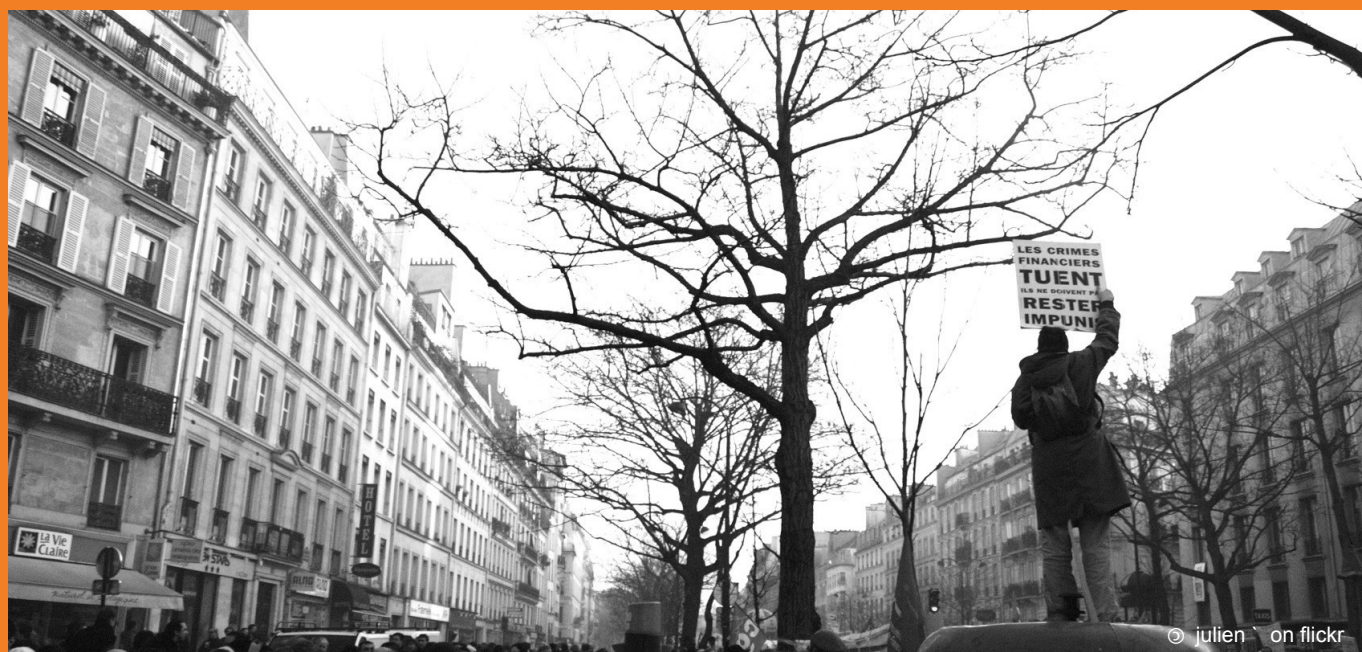


Economistas
sin Fronteras

Dossiers EsF, N° 6,
Septiembre de 2012

CRISIS, INDIGNACIÓN CIUDADANA Y MOVIMIENTOS SOCIALES





CONSEJO EDITORIAL

José Ángel Moreno - Coordinador
 Luis Enrique Alonso
 María Eugenia Callejón
 Marta de la Cuesta
 José Manuel García de la Cruz
 Raquel Marbán
 Carmen Valor

Edición a cargo de:

Luis Enrique Alonso

Maquetación: Eduardo José Villalobos Galindo

COLABORADORES EN ESTE NÚMERO

Luis Enrique Alonso, Universidad Autónoma de Madrid

Daniel Albarracín, CC.OO. y Universidad Carlos III

Santiago Álvarez Cantalapiedra, FUEM

Carlos J. Fernández Rodríguez, Universidad Autónoma de Madrid

Riie Heikkilä, Universidad de Helsinki

ÍNDICE

4	PRESENTACIÓN: CRISIS, INDIGNACIÓN CIUDADANA Y MOVIMIENTOS SOCIALES
10	LAS FINANZAS CONTRA EL TRABAJO: ¿LA FINANCIARIZACIÓN SIN ALTERNATIVAS?
12	CAPITALISMO DEMOCRÁTICO: ¿UN OXÍMORON?
14	LA OTRA CARA DEL MILAGRO FINANCIERO: LAS RESISTENCIAS SOCIALES
15	OCCUPY WALL STREET Y LA INDIGNACIÓN DEL 99%
17	EL LIBRO RECOMENDADO
25	PARA SABER MÁS



Economistas
sin Fronteras

Gracias a las aportaciones periódicas de nuestros socios podemos planificar y realizar proyectos de larga duración, sin depender de subvenciones.

Si deseas hacerte socio de Economistas sin Fronteras y colaborar de forma periódica con nosotros cumplimenta el formulario disponible en nuestra web.

www.ecosfron.org

O en el teléfono

91 360 46 78

La ley 49/2002 de 23 de diciembre (BOE 24/12/2002) de régimen fiscal de las entidades sin fines lucrativos, establece un trato fiscal más favorable para las donaciones realizadas por personas físicas, obteniendo una deducción a la cuota de IRPF.

CRISIS, INDIGNACIÓN CIUDADANA Y MOVIMIENTOS SOCIALES

Luis Enrique Alonso (Universidad Autónoma de Madrid)

“Las identidades no son cosas, son imágenes de relaciones sociales, y dependen tanto de los que las asumen y las adoptan como de los que las rechazan”

Bruno Ollivier, *Les identités collectives*, París, L’Herne, 2009

“Los conflictos de distribución son siempre luchas simbólicas por la legitimidad del dispositivo socio-cultural que determina el valor de actividades, cualidades y aportaciones sociales”

Axel Honneth, *Reconocimiento y menosprecio*, Barcelona, Katz, 2010

Un nuevo cambio de rumbo han tomado los movimientos cívicos y sociales en estos últimos tiempos: los devastadores efectos sobre las condiciones laborales y los proyectos de vida -especialmente juveniles- que ha supuesto la última crisis financiera han producido cambios significativos en las expresiones del conflicto social contemporáneo, así como novedades en las formas de movilización social. Pero, al fin y al cabo, estos movimientos expresan un conjunto de costes añadidos y acumulados en un larguísimo ciclo de desregulación de los mercados de trabajo que han supuesto la progresiva pérdida de autonomía y seguridad de todas las generaciones, así como un impresionante incremento de la vulnerabilidad en las condiciones socioeconómicas de transición a la vida adulta e independiente de los grupos de edad más jóvenes.

Ciclos de protesta

Como es habitual en toda movilización, gran parte de los recursos cognitivos y de los vocabularios de motivos que se han utilizado en estas nuevas formas de acción cívica son en parte continuación y en parte reformulación y renovación del ciclo de protesta anterior¹, y en su propio desarrollo han ido

cambiando y transformándose en la urgencia de sus respuestas a las ventanas de oportunidad política a corto y medio plazo. En este sentido, el movimiento indignado o la conocida protesta del 15-M han recogido una década larga de movimientos alter o antiglobalización, pero también un buen número de iniciativas ciudadanas y juveniles que venían llamando la atención sobre lo que consideraban la absoluta financiarización y sobremercantilización de todas las condiciones de existencia de la vida cotidiana y, en especial, de la vida juvenil, tanto en la educación (el movimiento anti-Bolonia) como en la vivienda (movimientos por una vivienda digna y diferentes acciones de ocupación). Así como una nueva vuelta de tuerca del medioambientalismo y el anticonsumismo, producida a principios del siglo XXI, tendiendo a acercar el ecologismo a formas de vida y responsabilidades ciudadanas cotidianas, tanto en sus formas más críticas como directamente propositivas en lo que se refiere a estilos de vida más o menos alternativos.

El movimiento indignado y la protesta del 15-M han surgido reciclando estos materiales discursivos y simbólicos, trabajando más un ámbito directamente local, que se convierte en el marco cognitivo que encuadra esta acción colectiva -frente a la perspectiva global que encuadraba la protesta de la década anterior-, y de ahí su tendencia al asentamiento y ocupación de espacios idiosincráticos de las ciudades, a la idea de recuperar el asambleísmo directo y a subrayar el discurso de los barrios y las poblaciones cercanas. La propia idea de la ocupación de espacios públicos o de asentamientos -además de aprovechar el impacto comunicativo en su coincidencia temporal, no evidentemente estructural ni temática, con

¹ Para una revisión general de la teoría de los movimientos sociales, los ciclos de protesta, los repertorios de motivos y las ventanas de oportunidad política puede verse: Donatella della Porta y Mario Diani, *Los movimientos sociales*, Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas/Editorial Complutense, 2012; Sidney Tarrow, *El Poder en movimiento*, Madrid, Alianza, 2004, y *El nuevo activismo transnacional*, Barcelona, Hacer, 2010; Charles Tilly y Lesley J. Wood, *Los movimientos sociales 1768-2008*, Barcelona, Crítica, 2010.

la primavera árabe -ponía en juego la idea de fijar el sentido en una nueva ciudad comunitaria y del anclaje en el espacio justo, cuando la inestabilidad, la liquidez y la volatilidad gobiernan, según la metáfora financiera dominante, todos los aspectos de la vida². Evidentemente, tanto la idea de crear una imagen nueva en los medios de comunicación como el uso de una no violencia expresa y resistente en caso de desalojo forzado expresaban un nuevo discurso de la movilización -la movilización estática- que tenía efectos multiplicadores, tanto en la atención de grupos y colectivos próximos como en la adhesión curiosa de sectores no movilizados de la ciudadanía que se sienten afines al mensaje, fundamentalmente contrainstitucional, que ha manejado sin recato el movimiento indignado.

Evidentemente, el movimiento del 15-M no ha sido sólo un movimiento juvenil, pero ha sido lo juvenil lo que ha creado la identidad del movimiento. No sólo porque genealógicamente fueron una serie de protestas, acciones y manifestaciones juveniles -de una juventud ya autopresentada como sin futuro- lo que, tanto en Madrid como en otras grandes ciudades españolas, dispara la protesta y le da una forma de resistencia activa, primero frente al poder financiero, para inmediatamente ampliar la protesta y rechazar la sumisión de los políticos convencionales a los dictados del mercado (“democracia real ya”); sino también porque el sujeto imaginario que unifica la movilización es el *precariado*, o incluso el *cognitarizado*, esto es, ese conjunto de jóvenes cualificados cuyas inversiones educativas han quedado desvalorizadas radicalmente por el desempleo, el subempleo o el malempleo generalizado y sin perspectivas razonables de mejora, dado el marco en el que se desenvuelven las degradadas prácticas contractuales actuales del mercado del trabajo juvenil³.

² Son las metáforas básicas que ha puesto en circulación Zygmunt Bauman, en obras como *Postmodern Ethics*, Oxford, Blackwell, 1994, *Comunidad. En busca de seguridad en un mundo hostil*, Madrid, Siglo XXI, 2003, y *Modernidad líquida*, México y Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2003.

³ Los temas del precariado, el cognitariado y la parasubordinación laboral han tomado especial fuerza en los análisis de la izquierda autónoma italiana del tipo de los de Sergio Bologna, *Crisis de la clase media y posfordismo*, Akal, 2006, o Maurizio Lazzarato, *Por una política menor*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2006. Son de especial interés los trabajos sobre la crisis de la cuestión social, la desarticulación de relación salarial y la condición vulnerable y radicalmente insegura del trabajo incluso en colectivos de alta cualificación llevados a cabo por Robert Castel, los más recientes son :

Identidad, oposición, totalidad

El recuperar el discurso de la identidad en el movimiento -frente al de la alteridad o la diferencia, típica de los movimientos más multiculturales, postcoloniales o postmodernos⁴- es una de las novedades sociológicas más interesantes, pues opone a los poderes financieros, y sus intrincadas maniobras especulativas, un sujeto social desposeído y sin proyecto de futuro, cuyo principal referente al imaginario colectivo es la juventud precaria, pero que representa un proyecto de totalidad en todos aquellos grupos sociales que las políticas ultramercantilizadoras -y sus derivadas: los recortes de las políticas públicas- han puesto al borde de la exclusión social y con perspectivas de futuro no sólo inciertas, sino directamente negativas. El importantísimo papel simbólico que han tenido y siguen teniendo acciones contra los desahucios, y el intento de visibilizar el poder financiero y las asimetrías concentradas en las condiciones hipotecarias, representa muy bien el relato que ha creado el 15-M y el movimiento indignado, esto es, el enfrentamiento forzosamente desigual entre, por un lado, el poder financiero político y policial y, por otro, los representantes “del común”, es decir, de todos aquellos grupos populares pauperizados y desposeídos de sus recursos de futuro por esta especie de archicapitalismo total y global⁵.

L'insécurité sociale, París, Seuil, 2007, *La discrimination négative*, París, Seuil, 2009, y *La montée des incertitudes. Travail, protections, statut de l'individu*, París, Seuil, 2009.

⁴ El esquema de identidad-oposición totalidad en la acción de los movimientos sociales es una de las contribuciones teóricas clásicas de Alain Touraine, en obras como *Production de la société*, París, Seuil, 1973, o *Pour la sociologie*, París, Seuil, 1974. El mismo Touraine ha ido estudiando con precisión el cambio de las retóricas de los movimientos de la identidad a la alteridad y la aparición del discurso de la diferencia. Esta evolución puede verse siguiendo trabajos como *Le retour de l'acteur*, París, Fayard, 1984, *Critique de la modernité*, París, Fayard, 1992, y *Un nouveau paradigme. Pour comprendre le monde d'aujourd'hui*, París, Fayard, 2005.

⁵ Los temas del riesgo, la incertidumbre y el miedo a la exclusión como formadores de una nueva idea de lo común se encuentran en obras ya clásicas como las de Ulrich Beck, *Ecological politics in an age of risk*, Cambridge, Polity Press, 2004, o de Zygmunt Bauman, *Wasted Lives. Modernity and its Outcasts*, Polity Press, Cambridge, 2004, así como *Tiempos líquidos. Vivir en una época de incertidumbre*, Barcelona, Tusquets, 2005.

Si los nuevos movimientos sociales de los años sesenta y setenta fueron teorizados como radicalismo de clases medias (en aquel tiempo juveniles, ascendentes y con nuevas propuestas políticas), el movimiento indignado se podría categorizar como *radicalismo defensivo de clases medias descendentes*⁶. Justo cuando el ascensor social no sólo se ha detenido, lo que había sido una constante del período de reordenación postfordista de los mercados globales desde los años ochenta del pasado siglo, sino que con la última gran crisis se ha desplomado radicalmente, impactando duramente sobre los niveles y expectativas de vida de un amplio y creciente conjunto de grupos sociales cada vez más debilitados y fragmentados; y entre los cuales, los grupos juveniles resultan los más visibles, e internacionalmente, los más homogéneos en su imagen, así como los más fácilmente articulables en comunidades virtuales por medio de las redes informáticas. En este mismo sentido, al igual que otros movimientos afines, el 15-M ha construido su sujeto de *identidad* en el precariado actual y en los restos más castigados de las clases medias en descenso, así como ha presentado un relato de oposición articulando un campo semántico de términos que expresan la negatividad absoluta: políticos que no nos representan, bancos depredadores, una democracia corrupta o un sistema capitalista que bloquea el futuro de los ciudadanos, etc. Todos ellos son sólo unos pocos de los muchos conceptos que nos muestran que hay un claro discurso de oposición y que se ha construido una imagen de un responsable del desastre, un enemigo al que hay que enfrentarse. La obsesión por los eslóganes en las acampadas del 15-M, el éxito mismo del librito de Hessel que le dio la palabra que iba buscando la protesta -“indignados”- o el repertorio de motivaciones desgranadas en las asambleas que justificaban una auténtica reacción contra la dominación de los mercados y la apatía de los políticos -y de gran parte de la población-, son buena muestra de la necesidad de construir una comunidad imaginaria

⁶ El tema del hundimiento de las clases medias keynesianas es brillantemente desarrollado en Massimo Gaggi y Edoardo Narduzzi, *El fin de la clase media y el nacimiento de la sociedad de bajo coste*, Madrid, Lengua de Trapo, 2006. La relación entre clases medias ascendentes y la protesta de los nuevos movimientos sociales de los años sesenta-setenta se encuentra perfectamente estudiado en el ya clásico libro de Frank Parkin, *Middle Class Radicalism*, Manchester, Manchester University Press, 1968. Esta línea ha sido continuada por Clauss Offe en *Disorganized Capitalism*, Cambridge, Polity Pres, 1985, y en *Partidos políticos y nuevos movimientos sociales*, Madrid, Sistema, 1988.

de los que, tanto por convicciones éticas como por necesidades de supervivencia material, tienen que y deben de oponerse a un sistema económico sin principios y moralmente despreciable.

No es extraño así que el principio de *totalización* de estos últimos movimientos -es decir, el argumento por el que se presenta que los intereses del movimiento son los intereses de la sociedad en su conjunto-, se haya centrado en un conjunto de retóricas contrainstitucionales, comunitaristas e incluso populistas (en la acepción más espontánea y menos elaborada o manipulada de la introducción del concepto “pueblo” en el debate cívico). La idea de negación de las jerarquías, de los poderes formales, de la intervención en la competición electoral o de la representación indirecta se combina con un canto expreso a lo *común* -concepto que trata de acabar con la idea de la separación entre lo público-estatal y lo privado, pues ambos se han fundido en un bloque contra los ciudadanos-, a la democracia deliberativa, a lo asambleario, a las multitudes (y las multitudes *on-line*) y a las comunicaciones en red (con todos los recursos informáticos en juego). Hemos visto perfilarse así una especie de regeneracionismo comunitarista, asambleario y popular que trata de representar una ciudadanía “auténtica”, con intereses generales unificados y radicalmente diferentes a los de los poderes financieros y los políticos sumisos.

Evolución y perspectivas

Desde las primeras acampadas del 15-M hasta la actualidad, en la que hemos celebrado un primer aniversario con un conjunto de actividades con una repercusión notable, una no despreciable sucesión de acontecimientos ha marcado la evolución del movimiento. En un principio, se ha dado una cierta internacionalización, con experiencias diversas -algunas más próximas y otras más distantes-, desde acampadas y asentamientos en plazas públicas o lugares emblemáticos del mundo financiero -por ejemplo, la persistente *Occupy Wall Street* o la más efímera *Occupy London*- hasta diferentes formas de protestas frente a los draconianos recortes de las políticas públicas, las medidas de austeridad social y la ortodoxia presupuestaria antikeynesiana y antisocial. Siempre desde lo local a lo global -justo de manera inversa al ciclo de movilizaciones de la antiglobalización- y coincidiendo con cada reforma

antipopular, las movilizaciones reactivas vuelven a recrear acciones de resistencia que se hibridan entre la explosión social, la renovación de las iniciativas ciudadanas protagonizadas por minorías activas especialmente afectadas por las políticas de austeridad y la formulación de nuevos relatos de deslegitimación de los poderes económicos y financieros.

Precisamente, la fuerte *desinstitucionalización* y la desregulación del conflicto social⁷ que ha supuesto la ruptura del pacto keynesiano están generando una fuerte desestructuración del marco de convivencia y de resolución mediada de la conflictividad social. El asalto neoconservador a los mecanismos en las democracias occidentales de representación, negociación y mediación, debilitando desde la negociación colectiva sindical hasta el asociacionismo cívico, ha elevado el punto de evolución de la tensión conflictiva de las sociedades actuales, y especialmente de aquellas más sacudidas por la crisis financiera y las medidas de austeridad o recorte social. El peligro de la aparición de conflictos disruptivos se ha demostrado real (la experiencia griega así lo muestra), así como la totalización de las protestas sociales, en una confluencia de iniciativas que van desde la conflictividad laboral clásica hasta las nuevas formas de indignación, resistencia y negación del marco institucional, pasando por miles de formas de acciones colectivas reactivas y no estructuradas, con diferentes grados de espontaneidad (o incluso de violencia). Entramos con la crisis en un ciclo de fuerte hibridación y combinación de focos conflictivos, justo cuando los mecanismos colectivos mediadores han tratado de ser aniquilados, esperando que el individualismo posesivo, el consumo y el interés egoísta sean suficientes para conseguir coherencia e integración social. Sin embargo, como era de esperar, el conflicto, y no precisamente funcional, ha hecho su aparición y amenaza con quedarse.

En lo que se refiere al 15-M y al movimiento indignado, es conocido su repliegue táctico hacia el asambleismo de barrio, lo que representa una línea de evolución coherente con su borrosidad, su comunitarismo y su contrainstitucionalismo. Como también era de esperar, episodios conflictivos disruptivos y grupos más o menos clásicos

del llamado universo antisistema se han mezclado con las acciones más genuinamente novedosas que representaban estas nuevas acciones de resistencia, por definición antiviolentas, creativas y dialógicas. Pero también hemos conocido el enriquecimiento discursivo que han provocado estas acciones, y una cierta penetración del relato ético del movimiento indignado ha enriquecido desde los presupuestos clásicos del conflicto laboral -incluyendo la huelga general- hasta el debate político institucional, sin olvidar la difusión social generalizada de sus retóricas y argumentos, quizás porque han captado con verosimilitud el miedo y las frustraciones de grandes grupos que provienen de las clases medias descendentes.

Conclusión

Las ambivalencias y contradicciones de un movimiento como el 15-M se han visibilizado casi inmediatamente, su contrainstitucionalismo y comunitarismo sitúan su discurso en un primitivismo político muy difícil de reciclar en propuestas institucionales capaces de universalizarse o de sostener un Estado de Bienestar posible. Pero este nuevo ciclo de protesta se ha mostrado especialmente vital en lo que se refiere a la idea de recuperar lo social y sus razones por encima del descarnado realismo y del fatalismo financiero dominante hasta la asfixia. De cómo este comunitarismo existencial, y reactivo a una lógica de radical disciplinamiento económico de las clases medias en crisis, evolucione y se difunda sobre todo entre los jóvenes dependerá el futuro del conflicto social a corto y medio plazo. Bloqueado, atacado, estancado y fragmentado el conflicto laboral fordista -correlato de la propia fragmentación, precarización y desestructuración de los sujetos laborales clásicos del industrialismo-, los nuevos movimientos sociales se construyen a partir de argumentos éticos y cívicos. Estas nuevas acciones que se basan en la movilización cognitiva y existencial (jugando en la dimensión más comunicativa y relacional de lo social, por ello la importancia de los medios y las redes) y que se oponen a la mercantilización y financiarización del mundo, tienen mucho papel por jugar en un inmediato futuro.

⁷ Este tema está particularmente desarrollado en Luis Enrique Alonso, *La crisis de la ciudadanía laboral*, Barcelona, Anthropos, 2007, y en *Prácticas de la economía, economía de las prácticas. Crítica del postmodernismo liberal*, Madrid, Libros de la Catarata, 2009.

LAS FINANZAS CONTRA EL TRABAJO: ¿LA FINANCIARIZACIÓN SIN ALTERNATIVAS?

Daniel Albarracín (CC.OO. y Universidad Carlos III)

Una caracterización de la crisis en curso

Dos rasgos principales caracterizan la crisis capitalista que está en curso: sobreproducción, primero, y, después, financiarización de la economía.

La *financiarización* adopta múltiples manifestaciones. El rasgo “micro” más sobresaliente afecta a la toma de decisiones empresarial, supeditada a la valorización de un conjunto de títulos (acciones, obligaciones, etc...) en los mercados financieros. A escala “macro”, refiere al pesado lastre de apalancamiento y endeudamiento general ocasionado por la desregulación crediticia y su expansión descontrolada puesta en marcha para contrarrestar aquella sobreproducción. Desde mediados de los 90, la nueva política económica emprendió una huida hacia delante estimulando la economía con un anabolizante que ha supuesto una carga hacia un futuro que, desde 2007, ya está con nosotros.

Los efectos de las políticas monetarias expansivas (Shaikh, 2011) y la desregulación financiera animaron el ciclo de crecimiento 1996-2007 en España. Un ciclo donde los *fundamentales* estaban impulsados por locomotoras artificiales de limitado recorrido, como la construcción, alimentadas por la liberalización del suelo y las políticas desfiscalizadoras existentes. Esa trayectoria continuó mientras la evolución de la rentabilidad efectiva de las empresas no se vio sobremanera drenada por los flujos de la devolución de las crecientes deudas acumuladas. A partir de 2007, estos flujos superaron el límite soportable (debido al enorme apalancamiento del sector empresarial, que representaba en 2011 el 63% del total de la deuda en España -las otras partidas, deuda hipotecaria (21%) y deuda pública (16%)-, con un volumen que alcanza el equivalente a cuatro veces el PIB a mediados del 2011, según el Banco de España) y las tasas de rentabilidad de las empresas cayeron. Los flujos de devolución de deudas están supeditados a la rentabilidad futura. Si crecen demasiado los primeros y se erosionan los beneficios de explotación, se produce un cortocircuito. Con el estrangulamiento de las cuentas privadas, la crisis se inauguraba.

Frente a lo que algunos nekeynesianos como Krugman afirman, la cuestión bancaria y de la deuda es sumamente importante, porque entraña una enorme losa para el desarrollo económico, paralizando la actividad y la inversión. Más aún cuando se están aplicando políticas que persiguen socializar la crisis, y la insolvencia del capital privado, entre la mayoría ciudadana, fundamentalmente rescatando al núcleo oligárquico del capital -el mundo financiero y otras grandes industrias-. Con esta operación, se convierte la deuda privada en pública.

Mientras se muestra generosidad con los rescates bancarios, se cierran quirófanos, se imponen repagos a las recetas de medicamentos o se deteriora gravemente la calidad de escuelas y universidades. Las políticas de austeridad productiva y salarial, de fortísimos recortes públicos en actividades de inversión y bienestar, arrojan consecuencias depresivas. Estas se suman a una serie de fuertes medidas de transferencias de rentas del trabajo al capital, a través de fórmulas de desfiscalización de los beneficios, el ahorro y el patrimonio, o, ahora, aplicando la amnistía al fraude fiscal. A su vez, las políticas europeas privilegian a la banca privada, con un BCE que facilita crédito masivo y barato a la banca, dejando que el sector financiero privado disfrute del monopolio del crédito al sector público, que paga altos tipos por la deuda pública y eleva los costes de financiación del Estado.

En ese contexto, se procede a severas políticas de ajuste estructural, desinversión, retroceso de las políticas de bienestar públicas y cercenamiento de los derechos y salarios del mundo del trabajo. Los pronósticos para 2012 y 2013 no pueden ser más desesperanzadores.

Las nuevas políticas, prácticas y figuras de la financiarización

La financiarización no es únicamente un rasgo hipertrófico del capitalismo contemporáneo. También se fragua en nuevas prácticas y figuras concretas.

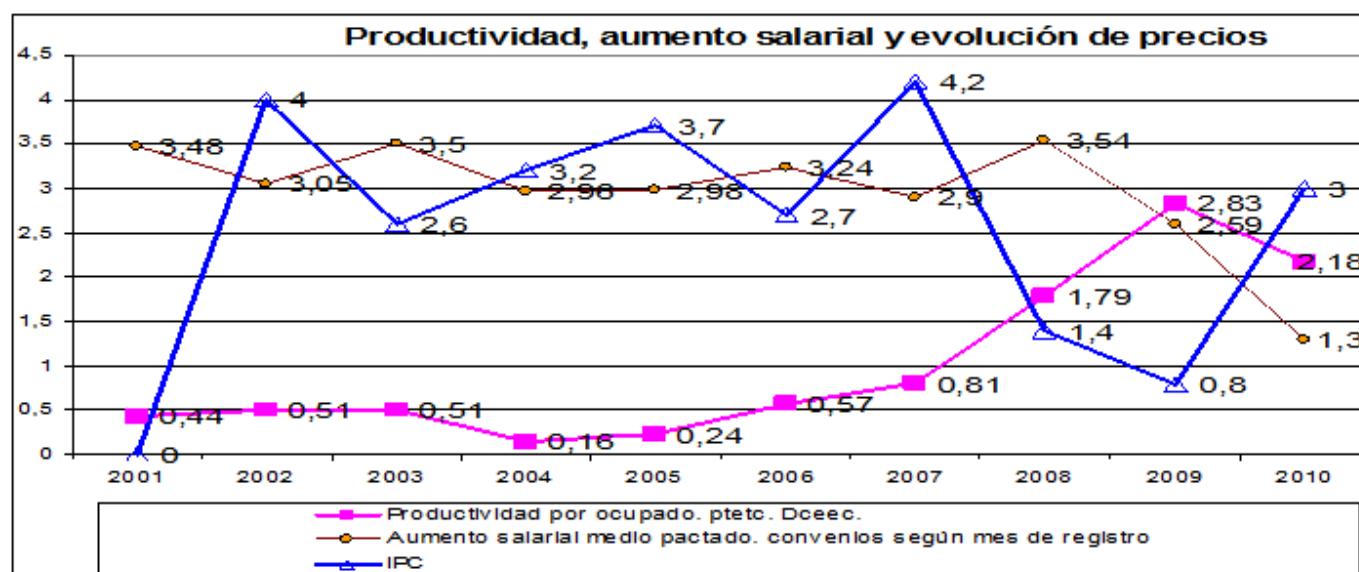
La empresa en tanto que unidad operativa de producción y toma de decisiones, más aún con la extensión del modelo de empresa-red (matriz-filiales-auxiliares-subcontratas), está perdiendo identidad y autonomía, y se desdibuja su responsabilidad como actor emprendedor o empleador. El accionariado adopta estrategias únicamente comprometidas con proporcionar valor al accionista -dividendos, valor en bolsa- o devolver las deudas a entidades financieras prestamistas, que actúan como rentistas. Frente a las clásicas estrategias productivistas de posguerra, se adoptan medidas de “recentramiento” (*refocusing*), racionalización del capital y especialización monopolística. Estas nuevas prácticas financiarizadas, aplicando el denominado “efecto punción” del excedente (Álvarez, 2007), perjudican la inversión, el empleo y el salario.

En este contexto, han surgido agentes instrumentales que coadyuvan estos procesos, si es que las direcciones empresariales no las acometen de *motu proprio*. Las sociedades de inversión (*hedge fund*, capital riesgo, etc...) irrumpen en las empresas racionalizando producción y empleos, succionando activos, realizando prácticas contables de reconversión de beneficios en intereses (préstamos participados) -con un coste fiscal más bajo-, troceando las unidades productivas para adelgazarlas, revender las más rentables y destruir las que lo fueran menos. Cada vez más sociedades de inversión operan una vez se apalancan hasta niveles insospechados gracias a la complicidad de la banca (*leveredge buy out*), que les presta crédito y mediatiza, aplicando esta agenda vampirizadora.

A escala macro y de política económica, los gobiernos, en cierto modo títeres de las oligarquías financieras y de la estrategia de Bruselas, están comprometidos con la prioridad de “pagar la deuda pública” a costa de cualquier cosa. Tras significativos desfases de las cuentas públicas, tras desfiscalizar rentas del capital y subvencionar, avalar o rescatar a empresas privadas, se imponen recortes históricos en las políticas sociales (pensiones, educación, sanidad) y se aplican duras medidas contra la regulación laboral y las organizaciones sindicales. Un pago de la deuda que no impedirá que el gasto público siga siendo muy alto y que el ajuste previsto del déficit público sea una quimera. El déficit permanecerá alto tanto por la recesión que propiciarán los recortes, por las preferencias del capital privado de financiar el sector público con deuda y no con impuestos -si acaso a las rentas del trabajo y clases medias- y por el negocio que entraña para el capital bancario la transferencia que supone el diferencial entre tipos de interés del BCE (1%) y de la deuda pública (varios puntos por encima). A este respecto, las agencias de calificación de riesgos evalúan con valoraciones a favor de sus clientes privados y en contra del valor atribuido de las deudas públicas.

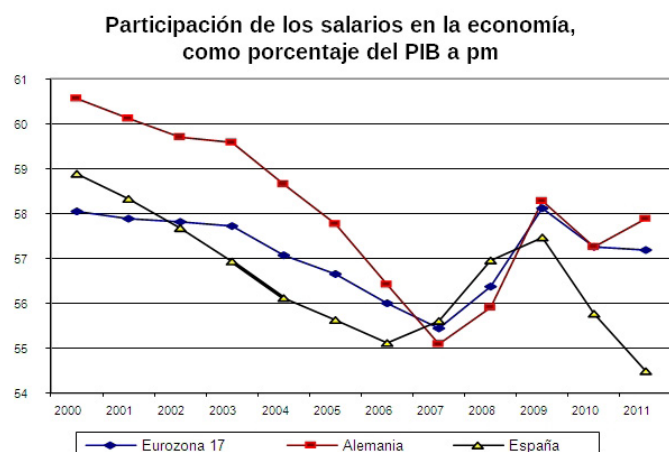
Una estrategia clasista contra el mundo del trabajo

Las nuevas estrategias empresariales y gubernamentales estriban en vías de reapropiación del valor del trabajo, erosionando la masa salarial y, con ella, la fuente de derechos que hasta la fecha le venía asociada.



Fuente: Elaboración propia a partir del Banco de España

Las reformas económicas y laborales de los últimos años han favorecido que la productividad por ocupado ascienda -pues menos personal empleado realiza prácticamente la misma producción-. A pesar de la crisis de demanda, la inflación apenas se reduce, pues los precios de la energía se disparan. Mientras tanto, los salarios se estancan, merced a la vulnerabilización de los derechos laborales y el *tsunami* del paro (cercano al techo histórico del 24%).



Fuente: Elaboración propia a partir de AMECO

El mundo del trabajo y las condiciones de ciudadanía son los principales damnificados en este contexto, tanto por la crisis como por las respuestas a la misma. Los servicios públicos se deterioran, con presupuestos extraordinariamente restrictivos. Las últimas reformas laborales, especialmente la última, han desgazado derechos laborales, condiciones de empleo y derechos colectivos históricos. Los salarios pierden capacidad adquisitiva, peso en la economía e incluso retroceden nominalmente, hecho inaudito desde tiempos que no se recuerdan. El peso del fondo de salarios en la producción nacional, el salario relativo, decididamente disminuye.

Alternativas

Sin embargo, hay alternativas, lejos de la pesadumbre o cinismo de los que repiten que no se puede desarrollar otra línea de políticas. Señalamos a continuación algunas propuestas tanto a nivel micro como a escala macro.

Es precisa una reforma del mundo empresarial y del derecho societario, fiscal, financiero y mercantil que incluya medidas del siguiente calibre:

- Transparencia contable y una mayor información sobre procesos internos de las empresas (relaciones laborales, mecanismos de innovación

tecnológica, sistemas energéticos empleados, planes de inversión y empleo, etc...). Que se aplique a empresas de cualquier tamaño, coticen o no en Bolsa. Exigir contabilidades de grupos de empresa, dando cuenta de las transacciones de su mercado interno.

- Tipificar la responsabilidad de empresariado, accionariado y directivos de personal, de manera subsidiaria y proporcional, con todos los intereses sociales existentes (trabajadores, acreedores, etc...).

- Regular los límites a la concesión de dividendos y primas de emisión, o los honorarios a los “gestores de los fondos”, así como aumentar la presión fiscal de las rentas del capital.

- Intervenir y regular el ámbito financiero y establecer límites a las prácticas de las sociedades de inversión, por ejemplo, exigiendo una inversión con una estabilidad mínima en el tiempo para poder influir en el gobierno de las empresas y una completa transparencia de sus acciones.

- Reforzar las instituciones (fiscalías de delitos económicos y mercantiles, ampliación de juzgados mercantiles,...) dedicadas a la supervisión, fiscalización y persecución de las actividades económico-financiero-empresariales, con especial atención al fraude y a las operaciones en paraísos fiscales.

En otro orden de cosas, resulta imprescindible preguntarse por los esquemas de política económica que asumen el pago de la deuda como prioridad política absoluta y los recortes públicos, sociales y laborales como receta principal. En primer lugar, cabe preguntarse si de verdad se aspira a equilibrar las cuentas públicas y si la mejor forma es ajustar las políticas de inversión y bienestar públicos, al tiempo que se privilegian y se encajan desmedidamente los desfases e insolvencias privadas entre los gastos públicos. O si la vía mejor no fuera combatir el fraude fiscal, y no perdonarlo, así como elevar la imposición a las rentas del capital y del patrimonio. O, incluso si es admisible pagar una deuda con indicios claros de ilegitimidad y, en casos por determinar, con un origen jurídicamente odioso, tal y como advierte la Plataforma por una Auditoría Ciudadana de la Deuda y las comisiones del 15-M constituidas al efecto.

Son por estos y otros muchos motivos por los que los movimientos indignados, las organizaciones políticas comprometidas con la transformación so-

cial y los movimientos y organizaciones sindicales están expresando su malestar y están organizando iniciativas contra una agenda de gobierno que nadie votó. Nosotros animamos a que se produzca una convergencia de las fuerzas sociales para oponerse y para levantar una alternativa. Creemos que hay motivos para el optimismo en este punto, un optimismo consciente del mucho trabajo de pedagogía y de organización que esta tarea titánica va a entrañar.

Bibliografía

- Albarracín, D. y Gutiérrez, E. (2012), “Financiarización, nuevos perímetros empresariales y retos sindicales”, Cuadernos de Relaciones Laborales, otoño.
- Álvarez, N. (2012), *Financiarización, nuevas estrategias empresariales y dinámica salarial: el caso de Francia entre 1980-2010*. Mimeografiado. Borrador de Tesis Doctoral.
- Shaikh, A. (2011), “La primera gran depresión del siglo XXI”, Sin Permiso, nº 9.
- UITA (2007), *Guía de los trabajadores sobre las operaciones de adquisición del Capital Riesgo*. Ginebra.
- UNI.Global (2007), *Fondos de capital de inversión: su importancia para los sindicatos*, Suiza.



CAPITALISMO DEMOCRÁTICO: ¿UN OXÍMORON?

Santiago Álvarez Cantalapiedra

(Director del Área Ecosocial de la Fundación Hogar del Empleado -FUHEM-)

En nuestros días predomina una concepción de democracia poco exigente. Según la visión hoy dominante, para calificar de democrática a una sociedad bastaría con la presencia conjunta de dos elementos: la práctica electoral y la libertad de mercado. Si se pide precisar algo más, se nos señalará que la existencia de elecciones deberá ir acompañada de un sistema de partidos y que la presencia de mercados libres es la condición previa para el desarrollo de lo primero, esto es, para la libre concurrencia de partidos en un proceso electoral. Es un planteamiento heredado de la guerra fría, consagrado posteriormente en el pensamiento neoconservador con la expresión «capitalismo democrático». La tesis que subyace es la siguiente: si bien no todas las sociedades capitalistas son y han sido democráticas, ninguna democracia se ha desarrollado (ni se desarrollará) fuera del capitalismo. El capitalismo, identificado simplemente como economía de libre mercado, es una condición previa y necesaria para la democracia.

Sin embargo, hoy como nunca se tiene la sensación de que el capitalismo, más que favorecer la democracia, la está vaciando de contenido, y de que es, por el contrario, la democracia (entendida como proceso y forma de resistencia, más que como realidad consumada y cristalizada en unas instituciones) la que debe alzarse como límite a la expansión del mercado y del capitalismo en una sociedad.

Democracia realmente existente y mercado

Es frecuente recurrir a la analogía entre la democracia y el mercado. No sólo porque la omnipresente publicidad, colonizando el espacio público y convirtiéndose en una forma de comunicación dominante, haya forzado al discurso político a entrar en sus moldes, sino también porque el capitalismo, al no entender más lenguaje que el del mercado, necesita interpretar la noción de democracia en términos propios, o sea, mercantiles. Por eso, cada vez resulta más plausible explicar las prácticas de competencia electoral en función de “estrategia de marketing comercial” y “técnicas de relaciones públicas”, y contemplar la política misma como una “industria”,

donde la profesionalización y «el capital económico -los medios para la mercadotecnia de masas- ha ido sustituyendo continuamente al capital social -es decir, a las redes ciudadanas de base- como moneda de curso legal¹».

Debido a ello, lo normal es que los partidos acudan a asesores que conciben la campaña electoral como una operación de marketing. El candidato es el producto: su imagen, biografía, experiencia, educación y familia son parte del objeto que se lanza al mercado. El votante es el consumidor. Las ideologías son tratadas, en el mejor de los casos, como el envoltorio con el que se presenta al candidato con un objetivo maximizador: lograr el mayor número de votos. La ideología y el programa político aparecen, pues, en el marketing político como una herramienta flexible para maximizar el apoyo del electorado, una variable de ajuste en las “técnicas de posicionamiento estratégico²”. Este planteamiento de la política como ámbito regulado por reglas propias del mercado y de la estrategia electoral como marketing político tiene implicaciones sobre las prácticas y los contenidos de aquello que se denomina hoy democracia.

Por un lado, el posicionamiento estratégico favorece a partidos y políticos con convicciones débiles, cuando no promueve directamente el cinismo ideológico: «Estos son mis principios. Si no le gustan, tengo otros» (Groucho Marx *dixit*). Aunque la cuestión va más allá, pues si el marketing político significa la reducción de los candidatos a imágenes de mercado y la práctica electoral responde a los intentos de influir en el imaginario colectivo utilizando las mismas técnicas y artes de la persuasión que se encuentran presentes en la publicidad, de manera que el atractivo extra-racional, la imagen y la verdad adornada producen más votos que la información razonada, entonces «el argumento razonado y la inferencia racional, o incluso la sinceridad moral, deben jugar un

1 R. D. Putnam, *Sólo en la bolera*, Galaxia Gutenberg, Barcelona, 2002, p. 45

2 Técnicas que se utilizan habitualmente en marketing para valorar las aspiraciones de los colectivos analizando estratégicamente las situaciones de los competidores.

papel minimizado³». Ello supone un alejamiento de la democracia como “gobierno mediante el debate” (A. Sen), como proceso continuado que requiere -más allá del período electoral- la construcción de un espacio público que permita el acceso, en condiciones materiales de igualdad, de todas las personas a la formación de la voluntad colectiva a través del diálogo crítico.

Por otro lado, la puesta en escena de esta práctica política precisa un aparato institucional con capacidades suficientes para poder captar financiación y materializar de forma efectiva las estrategias de marketing político. Esto concede un protagonismo creciente a los partidos, que monopolizan la voz sobre los asuntos públicos, acaparan el espacio político y la atención mediática, acentúan la representación indirecta y trasladan el juego democrático hacia la partitocracia. En este contexto, los periodos electorales son vividos como momentos álgidos de la democracia, sin reparar apenas en la oligarquización que conlleva esta dinámica. Las campañas electorales, antes sostenidas con el trabajo voluntario y el entusiasmo de los militantes, al requerir ahora menos personal (pero más cualificado) y una mayor cantidad de dinero, acentúan la asimetría entre las formaciones políticas en liza y otorgan al poder económico y financiero una influencia decisiva sobre los partidos. Lo ha expresado con suficiente claridad Fernández Buey en su crítica a la democracia demediada cuando señala que, sin cuestionar el hecho de que quede formalmente garantizada la soberanía popular a través de la electividad de los representantes del pueblo, «la tendencia hacia formas oligárquicas viene determinada ahí (a diferencia de lo que ocurre en otros regímenes) por el dominio del dinero. La mercantilización constante del proceso político hace de las democracias constitucionales *oligarquías plutocráticas* en las que se reproduce la desigualdad por otras vías diferentes de la limitación del sufragio»⁴.

En consecuencia, la indiferenciación y rebaja programática en un juego político marcado por las reglas del mercado, combinada con la creciente tecnificación de unos partidos casi exclusivamente centrados en los mecanismos electorales para el

recambio de los gobernantes, ha propiciado que nos encontremos, más que ante una noción y una práctica seria de democracia, en medio de la cratopolítica, esto es, en una actividad reducida a girar en torno a cómo acceder al poder en las instituciones.

Ahora bien, no se puede abusar mucho más de la analogía entre mercado y democracia sin el riesgo de caer en una interpretación impropia del funcionamiento del sistema político en términos similares a la del mercado idealizado. Las asunciones cuidadosamente elaboradas por politólogos y economistas sobre el elector racional (sea un ciudadano o un consumidor) y la caracterización de sus estatus a partir de la mitificada soberanía del consumidor son refutadas en cada situación concreta de la vida real⁵. Lo único que da sentido a la analogía entre el mercado y democracia realmente existente es que ambos son una plutocracia; hasta ahí vale, pues sirve para ilustrar que la mercantilización de la política no ha conducido a la democracia sino a la oligarquía.

La democracia asediada por el capitalismo

La democracia, más que un orden instituido, es un proceso instituyente que hay que impulsar con el esfuerzo y la participación ciudadana, ya que en caso contrario, si no suscita implicación y echa raíces profundas en el tejido social, termina por agostarse y mantenerse como un tronco vacío. Sin la existencia de condiciones para la expresión audible de las voces de las gentes y sin mecanismos de participación y deliberación públicos, la democracia se convierte en un mundo de sordos y mudos a los que se convoca ceremoniosamente a un ritual cada cierto tiempo.

Efectivamente, la “democracia no es el país de las hadas felizmente descubierto ni tampoco un don graciosamente concedido a los humanos (...), sino más bien un Estado de equilibrio social, siempre precario, que se conquista con esfuerzo y cuya consolidación, desarrollo y ampliación obliga a luchar sin tregua, de generación en generación”⁶. Esta precariedad en el equilibrio social resulta particularmente evidente en el momento actual. Bajo el

³ T. H. Qualter, *Publicidad y democracia en la sociedad de masas*, Paidós, 1991, pp. 181-182.

⁴ F. Fernández Buey, «Crítica de una democracia demediada», en F. Fernández Buey y J. Riechmann: *Ni tribunos*, Siglo XXI, Madrid, 1996, p. 71.

⁵ La analogía entre política y mercado tiene sus límites en las profundas diferencias entre estas dos esferas, así como en la distancia que media entre la publicidad mercantil y la propaganda política. Véase T. H. Qualter, op. cit.

⁶ F. Fernández Buey, op. cit. p. 63.

neoliberalismo, la razón democrática se está viendo asediada por el cerco de los intereses particulares de quienes detentan el poder económico. La dominación neoliberal -lo ha señalado Todorov-⁷ ha destruido el frágil equilibrio entre la libertad individual y la preocupación por el bien común que había constituido el fundamento de la democracia liberal.

Bajo el neoliberalismo, poder económico y político se han asociado y confundido hasta quedar fuera del control de la ciudadanía. Esta fusión entre el poder de los grandes grupos empresariales y el poder del Estado ahorma al régimen político característico de la época del capitalismo desatado: por un lado, inclina al Estado hacia la acumulación de capital privado (rescatando el sistema financiero, transfiriendo rentas a favor del capital, reorientando la regulación en términos mercantiles, etc.), en detrimento de la redistribución y la protección social de trabajadores y sectores populares; por otro, facilita que los ejecutivos de las empresas y los representantes políticos puedan intercambiar sus papeles y que, sin aparente solución de continuidad, los interpreten en el escenario que en cada momento consideren más conveniente. La presencia de antiguos directivos de Lehman Brothers y Goldman Sachs en el gobierno español y en las instituciones europeas, así como de ex presidentes de gobierno en los consejos de importantes compañías transnacionales, resulta elocuente a este respecto. Esta fusión de poderes es caracterizada por Sheldon S. Wolin como «totalitarismo invertido», un tipo de régimen en «el que el poder corporativo se despoja finalmente de su identificación como fenómeno puramente económico, confinado principalmente al terreno interno de la “empresa privada”, y evoluciona hasta transformarse en una coparticipación globalizadora con el Estado: una transmutación doble, de corporación y Estado. La primera se vuelve más política, el segundo, más orientado al mercado»⁸.

Esta circunstancia también puede ser interpretable como un secuestro del Estado por el neoliberalismo, al poner al poder político a las órdenes del poder económico de manera que este último no encuentra límites. Sabemos desde Montesquieu que ningún poder ilimitado puede ser legítimo. El nuevo tota-

litarismo aparece como la imagen invertida de ese otro totalitarismo practicado en el este de Europa hasta finales de los ochenta: si en la fallida experiencia de lo que se denominó socialismo real no quedaba margen para la iniciativa personal bajo el dominio de un supuesto interés colectivo, ahora el frágil equilibrio queda alterado porque el dominio del interés privado no se encuentra limitado por las intervenciones de un Estado que trabaje en nombre del interés general.

Los límites capitalistas a la democracia

Las sociedades actuales se encuentran desgarradas entre las exigencias que provienen del capitalismo y de la democracia. El capitalismo está atravesado de numerosas tensiones y contradicciones, como consecuencia de que se desarrollan en su interior intereses y posiciones mutuamente incompatibles. La pretensión de llegar a un acuerdo acerca de unos mínimos criterios comunes de justicia social condujo en el occidente de la segunda mitad del siglo XX al reconocimiento -junto a los privilegios de los propietarios- de unos derechos para la ciudadanía. No fueron concesiones gratuitas, sino derechos conquistados a través de largos procesos de lucha que lograron materializarse en compromisos arrancados a las clases dominantes.

Un recorrido por la historia del capitalismo nos muestra que los acuerdos que reflejan cierto contrapeso entre los privilegios de unos pocos y los derechos de la mayoría son más la excepción que la norma. Una tensión que convierte a los disturbios y a la conflictividad social más en una regla que en una excepción.

Uno de esos momentos excepcionales en la historia del capitalismo fue el período transcurrido tras la segunda postguerra. El llamado pacto keynesiano consiguió que la clase trabajadora aceptara el capitalismo (los derechos de propiedad y el control económico por parte del capital) a cambio de una democracia política que permitiera plantear unas redes de protección pública frente a los riesgos sociales y un incremento incesante en el nivel de vida (en cuanto que los salarios crecían en la medida que avanzaba la productividad).

Sin embargo, con la crisis de los setenta, el declive de la productividad ralentizó el crecimiento y, con ello, quedó desbaratado el esquema de pacificación

⁷ T. Todorov, *Los enemigos íntimos de la democracia*, Galaxia Gutenberg, Barcelona, 2012.

⁸ S. S. Wolin, *Democracia S.A.*, Katz, Buenos Aires/Madrid, 2008, p. 334.

de las relaciones sociales que había puesto fin a los conflictos de la postguerra. Desde entonces se empezó a cultivar la desconfianza acerca de la democracia ante la ingobernabilidad a la que ésta se vería abocada por la sobrecarga de demandas políticas y sociales que recibía de la ciudadanía. Como ha señalado Wolfgang Streeck, para tratar de superar esta contradicción entre democracia política y capitalismo se aplicaron diferentes soluciones desde los inicios de la década de los setenta hasta la actualidad: “La primera fue la inflación, la segunda, deuda pública y, la tercera, el recurso al endeudamiento privado. Cada una de estas vías se correspondió con una determinada configuración de las relaciones entre los poderes económicos, el mundo político y las fuerzas sociales. Todas estas soluciones entraron en crisis una tras otra, propiciando el paso al ciclo siguiente. La crisis financiera del año 2008 marcó el final del tercer período y, probablemente, la aparición de un nuevo arreglo cuya naturaleza aún sigue siendo incierta”⁹.

Esta sucesión de vías fallidas no sólo refleja la anomia de una sociedad cuyos miembros se ven imposibilitados para llegar a un acuerdo sobre una noción común de justicia social, también muestra los límites de la democratización capitalista. Cuando el motor del sistema (la tasa de ganancia) se gripa y la dinámica de la acumulación se ve comprometida, cualquier arreglo institucional democrático que pudiera haberse conseguido es irremediamente cuestionado. Entonces, cuando eso ocurre, el impulso del proceso democrático queda frenado para restablecer las exigencias del imperativo económico. «No es posible gobernar democráticamente los procesos sociales en la (variable) medida en que pueden entrar en contradicción con la lógica de la valorización del capital (lógica que exige la privatización del producto social)»¹⁰. ¿No será acaso el capitalismo democrático un oxímoron?

Mantener la consciencia democrática

La consciencia de que la democracia es un desafío histórico en permanente proceso de construcción, de que su mercantilización conlleva en la práctica fuertes tendencias oligárquicas y, sobre todo, la consciencia de que cuando la racionalidad económica suplanta los principios democráticos «el Estado deja de ser la encarnación del gobierno popular y pasa a convertirse en un sistema de gestión de negocios»¹¹, debe poner en guardia al pueblo que quiere legítimamente autogobernarse. El grado de consciencia que el *demos* puede llegar a tener de esta verdad suele ser alto cuando la participación de las gentes en el autogobierno es impedido directamente por un tirano. Pero este nivel de consciencia decae de forma sensible cuando se crea el espejismo de que la democracia ya ha sido lograda de una vez por todas¹². Por eso, cuando el movimiento del 15M proclama aquello de «lo llaman democracia y no lo es», estamos asistiendo a un amanecer democrático en tiempos oscuros.



⁹ Wolfgang Streeck, «The Crisis of Democratic Capitalism», *New Left Review*, n° 71, Londres, septiembre-octubre de 2011. Se puede consultar en: <http://newleftreview.org/?view=2914>

¹⁰ J.R. Capella, *Los ciudadanos siervos*, Trotta, Madrid, 1993, p. 91.

¹¹ W. Brown, «Ahora todos somos demócratas», en *Democracia en suspenso*, Ediciones Casus Belli, Madrid, 2010, p. 64.

¹² F. Fernández Buey, op. cit. p.64.

LA OTRA CARA DEL MILAGRO FINANCIERO:

LAS RESISTENCIAS SOCIALES

Carlos Jesús Fernández Rodríguez (Universidad Autónoma de Madrid)

Introducción: la hegemonía del discurso neoliberal.

La actual crisis económica ha puesto de relieve la potencia del discurso neoliberal. En los comienzos de la misma, allá por 2007-2008, se buscaron culpables de la misma entre los ejecutivos de las grandes instituciones financieras (particularmente los grandes bancos de inversión como Merrill Lynch, Goldman and Sachs o el quebrado Lehman Brothers, aunque, en mayor o menor medida, todos los demás) por su fomento continuo de malas prácticas que habían conducido al desastre (las hipotecas *subprime* y los arriesgados derivados financieros contruidos a partir de las mismas). Algún presidente europeo llegó a hablar de la necesidad de “refundar el capitalismo” sobre nuevas bases más justas y equitativas, con el fin de preservar su funcionamiento de una forma mínimamente racional. Parecía que el ethos neoliberal iba a dejar paso a un posible regreso del keynesianismo, pero el desarrollo de los acontecimientos ha apuntado más bien a una profundización de las políticas neoliberales. Desde finales de 2009, la gestión de la crisis se ha reconducido (al menos en el caso europeo) a solucionar el problema de la “deuda soberana”, con el objetivo de generar señales “positivas” hacia mercados y agencias de calificación crediticia (estas últimas gravemente implicadas en el origen de la crisis con sus erróneos diagnósticos de la solvencia de determinados productos financieros). Sin embargo, y como veremos en esta breve contribución, esta gestión de la salida de la crisis ha sido percibida de forma muy negativa por parte de la ciudadanía de los países más golpeados por la crisis, entre ellos España. Tal percepción, articulada en torno a un discurso de malestar e indignación, ha supuesto hasta el momento la constitución de una serie de movimientos sociales que desafían las políticas neoliberales hegemónicas y que hacen pensar que las políticas de ajustes y recortes vigentes van a enfrentarse a verdaderas resistencias sociales.

Capitalismo financiero y crisis económica: la banca siempre gana.

Como se indicó anteriormente, el origen de la profunda crisis económica actual fue esencialmente de carácter financiero, como no podía ser de otro modo una vez que hace ya muchos años que la economía financiera multiplica muchas veces el tamaño de la economía real. Los gobiernos neoliberales de la década de los ochenta habían estimulado la deslocalización industrial, favoreciendo que las viejas economías industriales (Europa y Norteamérica) se transformasen en sociedades de servicios (particularmente financieros), dentro de una nueva división del trabajo internacional (Harvey, 2007). Esto convirtió a actividades especulativas como la titularización de hipotecas o la venta de derivados de incumplimiento crediticio en operaciones más rentables que cualquier inversión en la economía real. Ello relajaba además la aversión al riesgo, ante la necesidad de obtener beneficios a toda costa desde una perspectiva cortoplacista, dentro de un esquema basado en la estimulación de diversas burbujas (punto.com, vivienda, alimentos, energía) alimentadas a través de créditos a unas clases medias y trabajadoras cada vez más ahogadas por sus deudas.

El caso español es paradigmático en este sentido. El “milagro Aznar” consistió fundamentalmente en confiar el crecimiento económico a un modelo basado en tres pilares: alimentación de una burbuja inmobiliaria que favorecía además la creación de un gran número de empleos; reducción de los costes laborales a partir de un aumento de la inmigración que presionaba a la baja los salarios, al ser éste un colectivo relativamente más desprotegido ante los abusos patronales; y una expansión del crédito sin precedentes, con elevadas tasas de endeudamiento privado (de familias, pero también de empresas, bancos y cajas de ahorro). Un modelo insostenible que fue, sin embargo, mantenido y profundizado por el posterior gobierno del PSOE hasta su traumático pero no por ello menos predecible colapso (López y Rodríguez, 2010).

Este proceso de financiarización del mundo y de extensión del endeudamiento topó con sus límites en

el verano de 2007, cuando los inversores empezaron a tener la percepción de que ciertos productos financieros no parecían tener la solvencia que las agencias de calificación habían fijado previamente. La extensión de la desconfianza y la dificultad, debido a la complejidad de productos como los CDS o los CDO (auténticas “armas de destrucción masiva”, según el gurú de las finanzas Warren Buffet), de conocer con exactitud qué activos financieros podían ser considerados “tóxicos”, llevó a una contracción del crédito que terminó por contagiar al sistema financiero mundial (Klimecki y Willmott, 2009). De hecho, éste hubiera colapsado probablemente a finales de 2008 si no hubiera sido por la intervención decidida tanto de los bancos centrales (que inyectaron enormes cantidades de dinero) como de los gobiernos, que apuntalaron, con dinero público, las entidades con mayores problemas tras unas semanas de pánico generalizado. De este modo, se evitó una Gran Depresión similar a la de 1929, lo que ha favorecido que conozcamos esta época como la de la menos traumática “Gran Recesión”. Pero el daño sobre las economías en las que el factor “endeudamiento” jugaba un papel mayor iba a ser considerable y de difícil solución.

Estos movimientos de los gobiernos y las autoridades monetarias salvaron el sistema financiero, pero a costa de la salud de la economía real: la reducción del crédito y la desviación de los flujos de dinero público condujeron, particularmente en los países más afectados por la crisis (los países anglosajones y las economías más débiles del sur de Europa, como la española), a una enorme destrucción de la actividad económica productiva, que tuvo como consecuencia el desempleo masivo y la ruina de numerosas familias. Se trató de una suerte de keynesianismo desvirtuado, donde los recursos públicos de movilizan para salvar a los acreedores privados, redistribuyendo la riqueza de la ciudadanía a las oligarquías. Así, y en contraste con el crash de 1929 (donde se hablaba de una ola de suicidios entre los inversores de Wall Street de aquella época, aunque ello fuera probablemente una leyenda urbana), el colapso financiero que inauguró la Gran Recesión se ha caracterizado por la impunidad que han disfrutado sus artífices y responsables. En la crisis actual, salvo algún caso aislado, los ejecutivos y gerentes de la banca apenas han sufrido las consecuencias de sus poco ejemplares comportamientos, a excepción del peculiar caso islandés, donde parece que sí se van a juzgar a algunos banqueros y políticos por su

responsabilidad en el hundimiento de la economía del país.

De hecho, la ciudadanía ha sido testigo de cómo los ejecutivos responsables de quebrar las compañías seguían cobrando *bonus*, incluso financiados por dinero público en el caso de las empresas intervenidas. En el caso español, las malas prácticas de gestión han sido frecuentes entre los directivos de las cajas de ahorros intervenidas (en muchos casos con la complicidad de cargos institucionales), a lo que hay que sumar la extraordinaria visibilidad de una corrupción política fuertemente asociada al modelo de enriquecimiento rápido propio de la burbuja inmobiliaria. Pero la impunidad de los responsables no ha sido el único detonante del malestar ciudadano. El crecimiento del déficit público generado por el coste de sostener a las entidades bancarias no se ha traducido en una recuperación del crédito o en una redistribución fiscal de los costes de la crisis, sino que ha generado en los países europeos más tocados por la crisis un pánico a un posible *default*, que ha provocado un cambio radical de rumbo en las políticas económicas. Así, el énfasis en países como España se ha hecho, desde hace dos años, en la necesidad de realizar recortes ante la presión de los mercados (que cobran primas a las economías juzgadas como poco solventes), lo que obligaría a adoptar medidas impopulares (en forma de ajustes sociales y de recortes del Estado del Bienestar) para evitar la quiebra de los Estados. Sin embargo, esta singular gestión de la salida de la crisis, consistente en la reapropiación de la riqueza social por parte de las oligarquías financieras, ha empezado a ser contestada en las calles. La percepción por parte de la ciudadanía de que los recortes reparten injustamente los costes de la crisis ha provocado un despertar de las conciencias y una generalización del malestar, que ha derivado en una serie de acciones de resistencia por parte de un colectivo nuevo: los “indignados”.

Quieren acabar con todo: la indignación como nuevo malestar de la cultura.

Una serie de nuevos movimientos sociales se han puesto en marcha en algunos de los países más afectados por la crisis económica en los que se trata de expresar el descontento con la situación actual. En este sentido, uno de los más mediáticos e impactantes ha sido quizá el movimiento español 15-M, que se

ha considerado por parte de algunos autores (Apps, 2011) como una de las fuentes de inspiración de los movimientos *Occupy* norteamericano y británico. Este movimiento ha supuesto una importante reactivación del discurso crítico dentro de la sociedad española en relación a las causas de la crisis y la forma de gestionar la salida de ésta (Taibo, 2011). Inspirados por el éxito de las movilizaciones de la Primavera Árabe, las luchas de los ciudadanos griegos en contra de las medidas de austeridad impuestas por la UE y el FMI y protestas juveniles desarrolladas con gran éxito en Portugal, el 15-M ha supuesto un soplo de aire fresco en un escenario político y social acogotado ante el miedo a una crisis de proporciones catastróficas. Su aparición no es sorprendente, si tenemos en cuenta que se construye sobre la base de un conjunto de grupos de activistas que ya llevaban años expresando su insatisfacción con la senda de crecimiento económico española antes citada, en la que se denostaban apuestas productivas basadas en la investigación y el desarrollo a favor de prácticas especulativas. Muchos de los miembros del 15-M habían participado en los movimientos estudiantiles anti-Bolonia y en las concentraciones a favor de una vivienda digna a lo largo de la segunda mitad de la década pasada. Sin embargo, la sorpresa del 15-M va a ser su éxito en conseguir atraer una atención mediática sin precedentes, al articular un discurso que recoge las frustraciones de importantes sectores de la población española, particularmente los más jóvenes: esto es, su indignación.

El 15-M comenzó con una manifestación convocada por una serie de movimientos sociales heterogéneos (¡Democracia Real Ya!, #No les Votes, Juventud sin Futuro), cuyo lema “No somos mercancías en manos de políticos y banqueros” reflejaba de alguna forma el malestar de una parte de la sociedad española con el deterioro de las condiciones sociales, políticas y económicas a lo largo de los últimos años. La elevadísima tasa de paro (más del 20% de la población activa, alcanzando casi el 50% entre los jóvenes), la incertidumbre económica y laboral, las masivas ayudas a las instituciones financieras, el número creciente de desahucios y las incontables noticias sobre casos de corrupción a gran escala contribuyeron a que, tras algunos intentos previos, se convocase una manifestación exitosa el 15 de mayo de 2011. Sin embargo, lo que lleva a las portadas de los medios de comunicación al movimiento es la posterior sucesión de ocupaciones de plazas públicas (Puerta del Sol en Madrid, Plaça Catalun-

ya en Barcelona y muchas otras), en un intento de recuperar el debate democrático de la polis a través de una recuperación de la calle y de las asambleas (Corsín y Estalella, 2011).

Bautizados como *indignados* gracias al éxito que en ese momento está teniendo el librito de Hessel (2011), el movimiento pillará por sorpresa a las autoridades políticas. Tras las primeras semanas de ocupaciones, los debates se trasladarán a los barrios, recuperando un activismo social que parecía desaparecido en España desde principios de la década de los ochenta. En las asambleas se tratará de discutir la forma de organizar la vida (la política, la sociedad, la economía) al margen de las instituciones consideradas responsables del desencanto general: los grandes partidos, los sindicatos mayoritarios y la banca. La Spanish Revolution utiliza de forma extensiva e intensiva las nuevas tecnologías para desarrollar acciones organizativas puntuales (abucheos a políticos, cortes de calles, etc.), pero a la vez reivindica la democracia participativa como modelo de participación política (Taibo, 2011). Va a representar una llamada a la recuperación de la ética en la vida política y pública, demandando un respeto a los valores democráticos fundamentales que, en el caso español, se han visto claramente erosionados por el régimen partidocrático vigente.

En este sentido, el 15-M, aunque no ha articulado un programa político consensuado entre sus miembros, solicita fundamentalmente una remoralización de la democracia, de forma que los intereses económicos se supediten a los intereses generales. Hay una apelación a un cierto keynesianismo que implique una racionalización de la vida económica en la que primen valores como la solidaridad, pero también la meritocracia y el respeto a la autonomía personal. Se cuestiona el modelo productivo español, por cuanto contribuye a fomentar los sectores de bajo valor añadido, dejando a los jóvenes formados con menos oportunidades. Se critican las políticas de austeridad de la época euro, por cuanto son el resultado de políticas equivocadas en tiempos de bonanza de los que pocos han sacado partido. Reclama, de alguna manera, que España se reincorpore de forma definitiva a la modernidad, dejando atrás los vestigios del corrupto franquismo, concibiendo esa modernidad como un modelo de capitalismo regulado y meritocrático en el que el Estado actúa como garante de la igualdad de oportunidades y proveedor de servicios de bienestar (y no como un simple Estado *workfare*,

que protege los intereses de las oligarquías políticas y financieras). Expresa, en resumen, un auténtico malestar con la cultura neoliberal actual, algo que comparte con el resto de movimientos *Occupy*. Está, así, lejos de ser un movimiento radical, tal y como algunos de los representantes de la derecha política y mediática han tratado de etiquetarlo: sólo reclama la vuelta del ideario de una socialdemocracia real, evaporada del programa de la mayoría de los partidos socialdemócratas. El hecho de que se lo considere radical es tan sólo un síntoma del impulso contrarreformista de nuestros tiempos, que alcanza tales cotas que pronto los derechos de asociación y huelga van a parecer subversivos y prescindibles.

Conclusión: el grito agónico de las clases medias

En este sentido, el 15-M, como el resto de movimientos similares que están teniendo lugar en Europa y Estados Unidos, demanda de forma implícita una vuelta a la época de los Treinta Años Gloriosos del keynesianismo de post-guerra, que había permitido la definitiva consolidación de unas clases medias vinculadas no solamente a los cuadros medios del sector privado, sino a la expansión de trabajos cualificados relacionados con el sector público. Las políticas de ajuste y la hipostatización del Dios mercado apuntan a una degradación de las condiciones de vida de esas clases medias no patrimoniales, en algunos casos fuertemente endeudadas, conduciéndolas a una proletarización que empiezan a vivir en sus propias carnes (aunque los más jóvenes ya conocen bien lo que significa la precariedad laboral) al experimentar una reducción de sus salarios, de sus pensiones, de sus trabajos, de sus derechos y de sus oportunidades. La seguridad que habría caracterizado la vida bajo un régimen socialdemócrata se convierte en una utopía en la época de las finanzas descontroladas, los ERE y los contratos temporales. Es cierto que el 15-M o los otros movimientos de índole *Occupy* no se han nutrido únicamente de ciudadanos de clase media, pero ciertamente éstos juegan un papel preponderante en la elaboración de su discurso (Kim, 2011). La indignación es su grito de angustia ante un universo neoliberal en el que están condenados a padecer nuevas incertidumbres y, quizá, un descenso más que acusado de su nivel de vida.

Referencias

- Apps, P. (2011). “Wall Street action part of global Arab spring?” *Reuters*, 11 octubre. <http://www.reuters.com/article/2011/10/11/uk-global-politics-protest-idUSLNE79A03Z20111011> [acceso el 30 de marzo de 2012].
- Corsín, A. y Estalella, A. (2011), “#spanishrevolution”, *Anthropology Today*, 27(4): 19-23.
- Harvey, D. (2007), *Breve historia del neoliberalismo*, Madrid, Akal.
- Hessel, S. (2010), *¡Indignaos!*, Barcelona, Destino.
- Kim, R. (2011), “The Audacity of Occupy Wall Street”, *The Nation*, 21 de noviembre.
- Klimecki, R. y Willmott, H. (2009), “From demutualisation to meltdown: a tale of two wannabe banks”, *Critical Perspectives on International Business*, 5 (1/2): 120-140.
- López, I. y Rodríguez, E. (2010), *Fin de ciclo. Financiarización, territorio y sociedad de propietarios en la onda larga del capitalismo hispano (1959-2010)*, Madrid, Traficantes de Sueños.
- Taibo, C. (2011), *Nada será como antes. Sobre el movimiento 15-M*, Madrid, La Catarata.



OCCUPY WALL STREET Y LA INDIGNACIÓN DEL 99%

Riie Heikkilä (Universidad de Helsinki)

Introducción: dos porcentajes en la sociedad norteamericana

En el último año un debate ha cobrado fuerza en los Estados Unidos de América en torno a dos porcentajes: el 1% y el 99%. La primera de las cifras hace referencia, de forma simbólica, al número de los privilegiados por la globalización del capital y el neoliberalismo: un núcleo de ejecutivos, directivos y empresarios que controlan el sector financiero y las grandes corporaciones y que son receptores de extraordinarios emolumentos (salarios desproporcionados, planes de pensiones, aviones privados, dietas) por su supuesta labor de incrementar beneficios y valor añadido en las empresas. Este pequeño grupo ha experimentado, en las últimas décadas, un crecimiento extraordinario de sus ingresos, pasando de obtener un 10% del total del PIB norteamericano en 1980 hasta una cifra récord del 23,5% en el año 2007, en el que estalló la crisis financiera (desde entonces las cifras han variado un poco a la baja). Pese a que varios de sus miembros más prominentes han estado directamente involucrados en la generación de descomunales pérdidas en bancos de inversión y aseguradoras y han puesto en riesgo el sistema económico mundial, siguen manteniendo sus privilegios con riadas de dinero procedentes del bolsillo de los contribuyentes. Precisamente estos últimos formarían el 99% restante: se trata de las clases medias y trabajadoras que, debido a la profunda crisis económica generada por el hundimiento de Wall St., han visto sus economías empobrecidas, sus impuestos aumentados, sus salarios disminuidos y sus oportunidades futuras dramáticamente reducidas. Pese a esta situación, apenas han existido expresiones de protesta (a excepción de una serie de huelgas del sector público en el estado de Wyoming) hasta el otoño de 2011, en que tiene lugar la movilización más mediática en este período de crisis: el fenómeno Occupy Wall Street, al que se dedicarán estas páginas.

Acampadas en Zuccotti Park

El movimiento Occupy Wall Street comenzó con una serie de protestas diseñadas por el grupo de activistas canadiense Adbusters, en las que se animaba

a los ciudadanos a traer sus tiendas de campaña y ocupar Wall Street (Schneider, 2011). Los primeros contactos tuvieron lugar en el verano de 2011 a través de las redes sociales con un eslogan contundente: somos el 99%. Los carteles para la convocatoria presentaban una sugerente metáfora como reclamo: una bailarina sobre el lomo de la famosa estatua del toro de Wall Street, símbolo de la agresividad de las finanzas del corazón financiero mundial. Para organizar la acampada, se aprovechó el potencial de herramientas como Facebook o Twitter, convocando a los posibles participantes a través de un hashtag, #OccupyWallStreet, cuyo impacto fue lo suficientemente importante para que cientos de personas se congregasen en el sur de Manhattan con la intención de rodear con sus tiendas la famosa escultura del toro, proyecto que, ante la presión policial, se cambió por la estancia en un parque ubicado en una plaza cercana cuyo nombre original (antes de ser cambiado por el de un magnate) no podía ser otro que el de Liberty Plaza, con todo el simbolismo que la palabra libertad representaba. Pocas semanas después del comienzo de la ocupación de Zuccotti Park el 17 de septiembre, más de mil ciudades y pueblos estadounidenses contaban ya con campamentos (Gupta y Fawcett, 2012).

Las protestas de Occupy se inscriben dentro de un fenómeno de protestas globales que ha estallado como consecuencia de la crisis financiera. Se han inspirado, aunque sea de forma indirecta, en algunas de esas nuevas formas de protesta, caracterizadas por las ocupaciones pacíficas de espacios públicos. La primavera árabe ha sido en este sentido fundamental, con la plaza Tahrir como símbolo del derribo de un régimen, el de Hosni Mubarak; sin embargo, no menos importancia han tenido para la inspiración de Occupy otros movimientos de indignados, como los acaecidos en Grecia, Islandia, Portugal o España, o las protestas universitarias británicas ante la subida de las tasas (Kim, 2011). Incluso las experiencias argentinas de economía de trueque han sido importadas en algunas de las ocupaciones (Gupta y Fawcett, 2012). El programa demanda un cambio en la política económica vigente. Se trata de una queja amarga en la que se cuestiona el aumento de la desigualdad económica y social, la corrupción política propiciada por la avaricia y, sobre todo, la

extraordinaria influencia que el mundo de las corporaciones (particularmente las financieras) tiene sobre el Parlamento. No existe un programa político definido a priori, sino que el discurso que articula el movimiento se construye sobre la marcha, lo que ha generado cierta confusión en la opinión pública respecto a sus demandas reales (a lo que ha contribuido, como indican algunos autores, la falta de experiencia de los periodistas a la hora de cubrir estas situaciones excepcionales: ver Schneider, 2011).

La de Nueva York ha sido, de todas las ocupaciones, la más importante y significativa, pese a que el parque fue desalojado rápidamente y desde principios de año no ha podido ser reocupado. Ello se debe no sólo a que en la Gran Manzana se encuentra Wall Street, sino porque en su calidad de capital cultural norteamericana ha sido capaz de atraer celebridades diversas que han contribuido con su presencia a incrementar la popularidad del movimiento. Así, ha contado con actos simbólicos como el protagonizado por artistas como Rufus Wainwright o Sean Ono Lennon interpretando la irónica canción “Material girl” de Madonna en apoyo de los acampados, y la visita de otros artistas. La presencia de representantes de la cultura popular más “hipster” no ha sido sin embargo el elemento que ha atraído la atención y simpatía de la ciudadanía, sino más bien la forma en que las autoridades han lidiado con la ocupación. Pese a que una de las señas de identidad de las protestas en Zuccotti Park ha sido la de la falta de violencia y el pacifismo, ello ha contrastado con la sorprendente brutalidad policial con la que ha sido reprimido, tanto en Estados Unidos como en similares protestas en otros países. Las imágenes de participantes gaseados con una suerte de pimienta por parte de los agentes de la policía local causaron una notable controversia, no sólo por lo excesivo de la represalia como por la falta de consideración a personas de la tercera edad o veteranos de guerra que se habían unido a los acampados (Bennett, 2011). Los detenidos, de acuerdo a los testimonios, sufrieron abusos policiales como esposas excesivamente apretadas, comentarios humillantes o restricciones para usar los lavabos (Lembitz, 2012). Estos actos han servido para atraer la atención de los medios de comunicación sobre las protestas, si bien las informaciones disponibles en un principio fueron bastante confusas y deformadas por la adscripción ideológica de las cadenas de televisión de mayor audiencia (la prensa más conservadora los definió como radicales antisistema).

Pese a que los acampados no llegaron a superar unos centenares en la mayoría de las ocupaciones, incluida la neoyorquina, su forma de actuar causó gran impacto entre los medios y la ciudadanía, por cuanto establecían nuevas formas de activismo político. La praxis del movimiento se ha basado fundamentalmente en dos principios: la horizontalidad del movimiento (con estructuras no jerárquicas y carentes de líderes o portavoces visibles) y la utilización en sus debates tanto de formas tradicionales de participación (de carácter asambleario y con un código propio de intervenciones: *estoy de acuerdo, discrepo, ya has hablado bastante* se representan con gestos específicos) como de estructuras tecnológicas que permiten que acampados y simpatizantes puedan comunicarse on-line a través de las redes sociales, en un interesante híbrido entre lo presencial y lo virtual (*virgeo*, concepto formado de la síntesis entre lo virtual y lo geográfico). El objetivo que ha perseguido ha sido el de generar un discurso unificado a partir de una multiplicidad de voces que no han encontrado otros canales para expresar su insatisfacción e indignación con la situación política y económica actual. Este discurso lo que pide básicamente es un giro hacia la democracia a través de una aproximación que, como han señalado algunos autores (p. e., Lerner, 2011), se aleja del perfil moderado e integrador (no asustar) del que han hecho gala el Partido Demócrata y los sindicatos mayoritarios en las últimas décadas. Por el contrario, el enfoque es el de arriesgarse, ser coherente y resistir lo que haga falta para denunciar a los responsables del latrocinio de dinero público (corporaciones, banca) y demandar el desarrollo de una reforma que garantice la justicia económica y social.

El movimiento Occupy y el estatus de clase media

Occupy no es un movimiento estrictamente revolucionario, sino que representa algo distinto: una demanda de regeneración moral del capitalismo que permite garantizar la igualdad de oportunidades y hacerse cargo de aquellos excluidos por el sistema. Pese a contar con una vocación universalista, se ha caracterizado por un sesgo notable de clase entre sus participantes, perteneciendo la mayoría de ellos a las clases medias blancas estadounidenses. Es cierto que en algunas ocupaciones del interior estadounidense los activistas de clases trabajadoras han liderado los movimientos, pero en Occupy Wall St.

concretamente han sido jóvenes graduados, algunos de ellos relacionados con el mundo artístico: esto es, representantes de esa clase creativa que, según afirmaban gurús como Richard Florida, iban a ser la clase social que lideraría la sociedad del conocimiento y que hoy en día se encuentran atrapados en un ciclo de precariedad laboral y desempleo masivo. Algunos de los participantes trabajaban en bancos o inmobiliarias y han dejado sus trabajos para unirse a la acampada para protestar por el deterioro de sus condiciones laborales y expectativas. Y es que desde hace varias décadas, los salarios reales en América han descendido de manera continuada, pero esto no ha empezado a afectar de manera importante a los poseedores de títulos universitarios hasta tiempos relativamente recientes. El hecho de que estudiar un grado sea una importante inversión económica hace que sea habitual que los graduados se enfrenten no sólo a condiciones laborales muy difíciles, sino además a importantes deudas adquiridas durante su período de estudios (Kim, 2011): de hecho, muchos de los participantes en las ocupaciones son licenciados desempleados y fuertemente endeudados.

En este sentido, el movimiento Occupy representa un intento desesperado por conservar un estatus de clase media severamente erosionado por las políticas económicamente regresivas de las administraciones desde los tiempos de Ronald Reagan. Éstas han contribuido a una polarización de rentas que ha concluido con la ruina de buena parte de las clases medias tras este período de capitalismo financiero desbocado. Los testimonios que recogen los cronistas de las acampadas son los de trabajadores desempleados que han sufrido la exclusión laboral por pertenecer a un sindicato, por la deslocalización industrial y corporativa, por la creciente precariedad laboral, por el colapso financiero; gente endeudada por estudios, hipotecas o simple consumo diario; jubilados con pensiones disminuidas, si no evaporadas. A los acampados se han unido, en ocasiones, algunos “sin techo”, que se han unido a las acampadas para conseguir en muchos casos comida de las cocinas instaladas y con los que han existido algunas tensiones (Gupta y Fawcett, 2012), fruto en buena medida de la divergencia de experiencias y de la incompreensión de los fines del movimiento (los *homeless* acusan a los acampados de ser unos niños ricos). No obstante, en algunas acampadas se ha trascendido esta imagen y se ha observado una mayor participación de las clases trabajadoras, particularmente en lugares que han experimentado un

acusado declive industrial (ibid., 2012). Ello ha permitido además la incorporación al movimiento de un importante número de activistas de las relaciones industriales y de otras causas con gran experiencia y redes dentro de las regiones, contribuyendo a reforzar el movimiento (Lerner, 2012).

Junto a esta aspiración de evitar el colapso como clase media y hundirse en la pobreza, se puede detectar entre los miembros de Occupy, de forma explícita, un deseo de retorno a una comunidad más cohesionada, en la que sus miembros se responsabilizasen mucho más de sus conciudadanos, en lugar de dejarlos abandonados, como está sucediendo en la actualidad. Hay dentro de las ocupaciones un intento específico de reconstruir lazos comunitarios (Gupta y Fawcett, 2012). Es una vuelta (o, depende de cómo se mire, un paso adelante) a una América casi ideal, en todo caso alejada del actual escenario de globalización financiera. El objetivo es el de recuperar un espíritu democrático dañado gravemente por las corporaciones y los lobbies, donde el consenso y la capacidad de legislar del ciudadano vuelvan a jugar un papel fundamental. Frente a un espacio público secuestrado por el consumismo y el entretenimiento (la sociedad del espectáculo), los miembros de Occupy relatan haber experimentado una sensación de cercanía y solidaridad con sus semejantes que ha relanzado su autoestima y optimismo en relación a la sociedad estadounidense y a la condición humana en general. En este sentido, se acercan a posiciones clásicas mantenidas por sociólogos como Richard Sennett (2000) y Christopher Lasch (1996).

El movimiento Occupy recoge, así, un debate específicamente americano que, no obstante, ha gozado de impacto mundial (no en vano es la primera potencia), por cuanto otros países han sufrido una crisis similar una vez que su modelo social se ha basado en el neoliberalismo. El movimiento Occupy se ha extendido, con un espíritu similar, a la City londinense y a otros lugares, con gran atención mediática. Sin embargo, no ha funcionado igual en otros contextos en los que el modelo social ha distribuido de forma más equitativa los costes de la crisis. Por ejemplo, poco después de comenzar la acampada de Zuccotti Park, un movimiento similar se desarrolló en Helsinki impulsado por un grupo de activistas que se manifestaban no sólo en contra del desmedido poder del capital financiero, sino además contra la creciente criminalización de la pobreza emprendida por las autoridades finlandesas ante la

llegada reciente de ciudadanos rumanos de etnia gitana. Paradójicamente, la acampada de los activistas (jóvenes, la mayoría con educación superior, blancos) fue tolerada, mientras al mismo tiempo los campamentos gitanos fueron desmantelados y sus miembros expulsados. Sin embargo, y más allá de cuestiones climatológicas evidentes, las ocupaciones en Finlandia no han funcionado porque, al mantener el sistema socialdemócrata en buena medida, el estatus de clase media no se ha visto amenazado de la misma forma.

Conclusión: nuevas estrategias de visibilización del conflicto social

En resumen, el movimiento Occupy representa un nuevo ejemplo de formas de protesta alternativas, adecuadas para ganar visibilidad en una sociedad abierta a lo mediático. Han servido para hacer evidente el malestar de sectores de clase media y trabajadora que ven cómo sus derechos, ingresos y expectativas se encaminan a un total hundimiento. Las protestas han sido calificadas por algunos autores como audaces, por cuanto, en un contexto como el actual, en el que el Estado se encuentra prácticamente secuestrado por los lobbies financieros, la gente ha reaccionado utilizando el único poder que les ha quedado: la solidaridad implícita en la acción colectiva (Kim, 2011). Aunque el movimiento parece encontrarse por momentos en un impasse ante la represión policial y el frío, es previsible que, con mejores condiciones meteorológicas, las protestas regresen, siendo una verdadera pesadilla para los políticos de la izquierda norteamericana (los demócratas), que se verán obligados a precisar dónde están exactamente y qué modelo de sociedad defienden. Ello los convierte así en una suerte de contrapunto del ultraderechista Tea Party, lo que muestra además la creciente polarización de la política estadounidense, absorta ante el regreso de la lucha de clases.

Bibliografía

- Bennett, D. (2011), “84-Year-Old Woman Becomes the Pepper-Sprayed Face of Occupy Seattle”, *The Atlantic Wire*, 16 de noviembre, dirección web <http://www.theatlanticwire.com/national/2011/11/84-year-old-woman-becomes->

[pepper-sprayed-face-occupy-seattle/45035/](http://www.theatlanticwire.com/national/2011/11/84-year-old-woman-becomes-pepper-sprayed-face-occupy-seattle/45035/) [acceso: 10 de abril de 2012].

- Gupta, A. y Fawcett, M. (2012), “Inside the Occupy Movement”, *The Progressive*, 76 (2): 30-33.
- Kim, R. (2011), “The Audacity of Occupy Wall Street”, *The Nation*, 21 de noviembre.
- Lasch, C. (1996), *La rebelión de las élites*, Barcelona, Paidós.
- Lembitz, B. (2012), “A Taste of Freedom: What I got at Occupy Wall Street”, *The Progressive*, 76 (2): 26-29.
- Lerner, S. (2011), “Organize and Occupy”, *The Nation*, 7 de noviembre.
- Schneider, N. (2011), “From Occupy Wall Street to Occupy Everywhere”, *The Nation*, 31/10/2011: 12-17.
- Sennett, R. (2000), *La corrosión del carácter*, Barcelona, Anagrama.



ANTONIO ANTÓN, *RESISTENCIAS FRENTE A LA CRISIS*¹, GERMANÍA, VALENCIA, 2011

En los dos últimos años, en el marco de la persistente y profunda crisis socioeconómica y su gestión liberal-conservadora de recortes sociales regresivos, se han producido resistencias ciudadanas que configuran elementos nuevos de la dinámica sociopolítica.

Frente al bloque imponente del poder establecido, ha comenzado a expresarse en los últimos años una ciudadanía activa con mayor participación democrática y una demanda de cambio social, político y económico acorde con su opinión de mayor justicia social e igualdad. Es una dinámica ciudadana expresiva del rechazo y la indignación social en España, de carácter fundamentalmente progresista y defensivo, como la de otros países mediterráneos, y paralela con varios fenómenos contradictorios -como la derechización y el comportamiento xenófobo de segmentos de la sociedad europea, la simple adaptación o competitividad individualista o el repliegue nacionalista en países centrales-.

El hecho relevante es la expresión pública y colectiva de una ciudadanía activa, de una izquierda social o sector progresista de la sociedad que se opone al reparto desigual de las consecuencias de la crisis y a su gestión liberal-conservadora y exige responsabilidades a sus causantes y un cambio de políticas socioeconómicas. Habrá que ver la consolidación o no de esta corriente social indignada, su influencia en el sistema político y la gestión de la crisis, y sobre todo, la configuración de las diversas fuerzas sociales y sus formas asociativas y expresivas. Es una tendencia clara de intervención ciudadana en los asuntos públicos, es decir, en la política en sentido amplio, que condiciona la agenda, las políticas públicas y las dinámicas sociales.

Existen antecedentes, pero esta dinámica social está enraizada en dos elementos clave, distintivos del actual contexto, que le dan unas características específicas. Uno es la crisis socioeconómica y sus consecuencias de desigualdad social, evidentes desde el año 2008, y que sobre todo afectan a la

gran precariedad laboral y el paro masivo, particularmente juvenil, al estancamiento o descenso de las trayectorias laborales y sociales y a nuevas brechas sociales. Estos aspectos existían anteriormente, pero ahora cobran una nueva dimensión y relevancia. Dos es la gestión liberal dominante en la Unión Europea, dirigida por el bloque hegemónico conservador, y ejecutada hasta ahora en España por el Gobierno socialista, particularmente desde el giro de su política de carácter regresivo y antisocial en mayo de 2010, que rompe con sus compromisos sociales y su contrato con una amplia base social de izquierdas y genera una desafección ciudadana relevante hacia el PSOE; aunque, previsiblemente, la continúe e intente profundizar el PP tras su victoria en las elecciones generales del 20-N².

Por tanto, existe una extendida conciencia social del carácter injusto de esa situación, rechazo popular y resistencias ciudadanas a esas políticas y exigencias de responsabilidades y garantías al poder económico y político. Todo ello expresa, en el escenario público, la importancia de la cuestión social y la relevancia de la acción por la igualdad socioeconómica y la profundización democrática, frente a las actitudes hacia el fatalismo, la idea de la inevitabilidad de esa política de ajuste duro o la ausencia de alternativas, propugnadas desde el poder institucional y mediático. Serán elementos constitutivos de este proceso, impulsado y representado por dos tipos distintos y sucesivos de agentes sociales. En un primer momento, sobre todo, por el sindicalismo -a lo largo del año 2010-, y en un segundo momento -tras el cese de la movilización sindical y desde la primavera del 2011- por el movimiento 15-M, con un papel menor o más secundario de la izquierda política, los grandes sindicatos -que firman el acuerdo social y económico de febrero- y otros movimientos sociales.

Esta nueva realidad social, la deslegitimación y la oposición popular a las medidas de recortes sociales y a sus gestores, es amplia y persistente. Así, es observada en diversas encuestas de opinión, que reflejan un rechazo de hasta más de dos tercios de la población a las medidas más impopulares (desde los *Barómetros* del CIS de julio y octubre de 2010, tras el plan de ajuste de mayo y la reforma laboral y

¹ Resumen –elaborado por el propio autor– de la introducción del libro de Antonio Antón (profesor honorario del Departamento de Sociología de la Universidad Autónoma de Madrid), *Resistencias frente a la crisis*. De la huelga general del 29-S al movimiento 15-M, Alemania, Valencia, 2011.

² Recuérdese que el libro está publicado en 2011.

la huelga general, respectivamente, hasta las investigaciones recientes sobre la simpatía mayoritaria hacia el movimiento 15-M). Además de la gran legitimidad social de sus aspiraciones, esa corriente social se ha expresado de forma activa, pacífica y democrática con una amplia participación popular: desde las grandes manifestaciones sindicales de principios del año 2010 contra el plan gubernamental de recorte de las pensiones y la participación huelguística de unos cinco millones de asalariados en el 29-S hasta los varios centenares de miles de las movilizaciones del movimiento 15-M o la amplia participación ciudadana, particularmente en Madrid y Catalunya, en defensa de la escuela y la sanidad públicas.

Esa corriente social indignada y esa ciudadanía activa existen, y es un nuevo elemento positivo y clave en el escenario sociopolítico. No es una tendencia “pasional” (o irracional o populista). Se asienta en una conciencia colectiva, reflexiva y realista, del carácter injusto del reparto de los costes de la crisis y de su gestión institucional. Las evidentes dificultades transformadoras inmediatas no han llevado al fatalismo (ni a ser “ilusos”), sino que la lucidez sobre la gravedad de la situación y la dimensión de los poderosos ha generado una mayor maduración y persistencia de esa indignación popular y esa aspiración de cambio. Por tanto, refleja valores progresistas de justicia social e igualdad y una cultura democrática y solidaria, aspectos que caracterizan a los sectores socialmente más avanzados de la sociedad. Esta corriente popular crítica se manifiesta en el debate público, aunque esté por ver su dimensión, cómo se articulan la continuidad de sus procesos de expresión y movilización, su consistencia y sus consecuencias políticas (en el plano electoral y la renovación de las izquierdas). Y, particularmente, cómo se conforma su representación social, qué alcance y qué combinación van a tener los dos principales movimientos sociopolíticos que, de diferentes formas y en distintos momentos, han canalizado el malestar ciudadano y la indignación popular: el sindicalismo y el movimiento 15-M.

Pero sería un error desconocer este nuevo fenómeno, o infravalorar su influencia en el devenir social. Existe un conflicto de intereses de fondo, con tendencias intermedias y mixtas, entre dos posiciones fundamentales. Por un lado, los privilegios de los mercados y los poderosos, que pretenden eludir sus responsabilidades como causantes de la crisis eco-

nómica y la desigualdad social y transferir sus costes a las capas populares; o incluso aprovecharse de ella para obtener una mayor acumulación de riqueza propia a costa del deterioro de la mayoría y un mayor poder institucional debilitando su vinculación democrática respecto de la voluntad mayoritaria de la sociedad. Por otro lado, los intereses, opiniones y demandas de seguridad social y bienestar de amplias capas de la ciudadanía, mayoritaria en temas clave como la prioridad a la acción contra el paro, la defensa de los derechos sociales y laborales o la exigencia de una mayor y mejor democracia.

En el ámbito público, político y mediático se ha abierto una pugna interpretativa sobre el alcance de estos hechos, vinculada a la diferente posición normativa, de intereses y de estatus de los distintos agentes. Hay un conflicto social entre dos posiciones básicas sobre la crisis y las políticas liberal-conservadoras dominantes: 1) su legitimación, con el discurso de su inevitabilidad, su justificación “técnica” y el intento de consolidación de la resignación de la ciudadanía; 2) la ampliación de la conciencia social de su carácter injusto, generalizando la indignación popular y una ciudadanía activa progresista.

El debate es, primero, analítico e interpretativo de las características de esta nueva realidad social, cuestión que hay que abordar con criterios “científicos”, realismo y objetividad. Segundo, esta dinámica está expresando posibilidades de cambio social y, por tanto, de reequilibrio de condiciones materiales y sociopolíticas entre diferentes segmentos de la sociedad y, particularmente, sobre la conformación de sus diversas élites. Tercero, afecta a la esfera subjetiva, incluida la dimensión de la actitud ética igualitaria de gran parte de una ciudadanía activa, y a la renovación del pensamiento social, que se enfrenta a las inercias de esquemas viejos que infravaloran o distorsionan lo nuevo o las ideas críticas. Cuarto, todo ello influye en la calidad, el prestigio y las oportunidades de liderazgo de las distintas élites intelectuales y representativas, en la esfera social (incluida la sindical) y la esfera política. Por tanto, la discusión y la pugna adquieren relevancia cultural y política, y su devenir va a condicionar la dimensión de los cambios en la sociedad y su sentido.

Textos producidos en el movimiento indignado o que han servido como referencia en sus actos y asambleas

AA. VV., *La rebelión de los indignados. Movimiento 15-M. Democracia real ya*, Madrid, Editorial Popular, 2011 (con textos de Josep Marías Antenas, Esther Vivas, Antoni Domenech, Iván Giménez Chueca, Juan Pablo Mateo y otros).

AA. VV., *CT o la cultura de la transición. Crítica de 35 años de cultura española*, Barcelona, Debolsillo/Mondadori, 2012 (con artículos de Jordi Costa, Ignacio Echevarría, Belén Lopegui, Guillen Martínez y otros).

AA. VV., *Reacciona. 10 Razones por las que debes actuar frente a la crisis política y social*, Madrid, Aguilar, 2011 (con textos de José Luis Sampedro, Juan Torres, Ignacio Escolar, Lourdes Lucía, Stéphane Hessel y otros).

AA.VV., *Actúa. 12 llamadas a la acción frente a la crisis económica, política y social*, Barcelona, Debate, 2012 (con textos de Federico Mayor Zaragoza, Baltasar Garzón, Juan Luis Sánchez, Carlos Berzosa y otros).

AA. VV., *Hablan los indignados. Propuestas y materiales de trabajo*, Madrid, Editorial Popular, 2011 (con textos de Juan Torres, Aitor Romero, Joel Serafin y otros).

AA.VV., RT #15-M, *Conctades a la zarza- Coordinades a las places*, Barcelona, Grupo Editor RT #15-M, 2011 (compilación de tweets e imágenes del movimiento).

ALBA, Santiago y otros, *Juventud sin futuro*, Barcelona, Icaria, 2011.

ÁLVAREZ, Klaudia; GALLEGO, Pablo; GÁNDARA, Fabio y RIVAS, Oscar, *Nosotros los indignados. Las voces comprometidas del #15-M*, Barcelona, Destino, 2011.

FERNÁNDEZ-SAVATER, Amador y otros, *Las voces del 15-M*, Barcelona, Los libros del lince, 2011.

GARZÓN, Alberto, *Esto tiene arreglo. Un economista indignado en el Congreso*, Barcelona, Destino, 2012.

MADRILONIA.ORG, *La carta de los comunes. Para el cuidado y el disfrute de lo que de*

todos es, Madrid, Traficantes de Sueños, 2011.

RODRIGO, Félix; PRADO, Esteban y RUBIO, Frank, *Pensar el 15-M y otros textos*, Madrid, Editorial Manuscritos, 2011.

TAIBO, Carlos, *Nada será como antes. Sobre el movimiento 15-M*, Madrid, La Catarata, 2011.

TAIBO, Carlos, *El 15-M en sesenta preguntas*, Madrid, La Catarata, 2011.

VELASCO, Pilar, *No nos representan. El movimiento de los indignados en 25 propuestas*, Barcelona, Tema de Hoy, 2011.

Análisis del movimiento indignado

ANTENTAS, Josep María y VIVAS, Esther, *Planeta indignado. Ocupando el futuro*, Madrid, Sequitur, 2012.

ANTÓN, Antonio, *Resistencias frente a la crisis. De la huelga general del 29-S al movimiento 15-M*, Valencia, Germanía, 2011.

ARTAL, Rosa María, *La energía liberada. El estallido social de un mundo en crisis*, Madrid, Aguilar, 2011.

FERNÁNDEZ, Joseba; SEVILLA, Carlos y URBÁN, Miguel (Eds.), *¡Ocupemos el mundo! Occupy the world!*, Barcelona, Icaria, 2012.

ROITMAN, Marcos, Indignados. *El rescate de la política*, Madrid, Akal, 2012.

Los textos económicos del 15-M

ASKENAZY, Philippe y otros, *Manifiesto de economistas aterrados*, Madrid, Barataria/Pasos Perdidos, 2010.

BAÑOS, Antonio, *La economía no existe. Un libelo contra la economía*, Barcelona, Los libros del lince, 2009.

BAÑOS, Antonio, *Posteconomía*, Barcelona, Los libros del lince, 2012.

ECONOMISTAS ATERRADOS, *Europa al borde del abismo*, Madrid, Barataria/Pasos Perdidos, 2011.

FORRESTER, Viviane, *Una extraña*

dictadura, Barcelona, Anagrama., 2001

FORRESTER, Viviane, *El horror económico*, Madrid y México, Fondo de Cultura Económica, 2000.

KLEIN, Naomi, *La doctrina del Shock: el auge del capitalismo del desastre*, Barcelona, Paidós, 2007.

LATOUCHE, Serge, *Pequeño tratado del decrecimiento sereno*, Barcelona, Icaria, 2009.

MEDIALDEA, Bibiana (Ed.), *Quiénes son los mercados y cómo nos gobiernan*, Barcelona, Icaria, 2011.

NAREDO, José Manuel, *Raíces económicas del deterioro económico y social*, Madrid, Siglo XXI, 2006.

NAVARRO, Vicenç; TORRES, Juan y GARZÓN, Alberto, *Hay alternativas. Propuesta para crear empleo y bienestar en España*, Madrid, Sequitur/ATTAC, 2011.

PATEL, Raj, *Cuando nada vale nada. Las causas de la crisis y una propuesta radical*, Barcelona, Los libros del lince, 2010.

RIDOUX, Nicolas, *Menos es más. Introducción a la filosofía del decrecimiento*, Barcelona, Los libros del lince, 2009.

SAMPEDRO, José Luis, *La globalización. Consecuencias humanas*, Barcelona, Destino, 2004.

SAMPEDRO, José Luis, *Multimegamucha-globalización*, Madrid, Editorial Complutense, 2008 (con Carlos Berzosa y Angel Martínez González-Tablas)

SAMPEDRO, José Luis, *Economía Humanista. Algo más que cifras*, Barcelona, Debate, 2009.

Textos programáticos de las movilizaciones

CHOMSKY, Noam y RAMONET, Ignacio, *Cómo nos venden la moto*, Barcelona, Icaria, 1995.

GALEANO, Eduardo, *Los hijos de los días*, Madrid, Siglo XXI, 2012.

HESSEL, Stéphane y MORIN, Edgar, *El camino de la esperanza. Una llamada a la movilización cívica*, Barcelona, Destino, 2012.

HESSEL, Stéphane, *¡Comprometeos! Ya no basta con indignarse*, Barcelona, Destino, 2011.

HESSEL, Stéphane, *¡Indignaos! Un alegato contra la indiferencia y a favor de la insurrección pacífica*, Barcelona, Destino, 2011.

JUDT, Tony, *Algo va mal*, Madrid, Taurus, 2011.

MORIN, Edgar y VIVERET, Patrick, *¿Cómo vivir en tiempos de crisis?*, Buenos Aires, Nueva Visión, 2011.

Obras de referencia en el pensamiento indignado

BADIOU, Alain, *El despertar de la historia*, Madrid, Clave Intelectual, 2012.

BADIOU, Alain, *Filosofía del presente*, Buenos Aires, Libros del Zorzal, 2005.

BENSAÏD, Daniel, *Elogio de la política profana*, Barcelona, Península, 2008.

BENSAÏD, Daniel, *Marx ha vuelto*, Barcelona, Edhasa, 2012.

HARVEY, David, *Breve historia del neoliberalismo*, Madrid, Akal, 2007.

NEGRI, Antonio (con Cesare Casarino), *Elogio de lo común. Conversaciones sobre filosofía y política*, Barcelona, Paidós, 2012.

VIRNO, Paolo, *Gramática de la multitud*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2003.

ZIZEK, Slavoj, *En defensa de las causas perdidas*, Barcelona, Akal, 2011.

Comics

AA.VV. *Revolution Complex*, Barcelona, Norma, 2011 (con trabajos de Sergio Álvarez, Fernando Blanco, Josep Casanova, Damián Danide y otros).

ESTEBAN, Ricardo; PINYA, Tomeu y MEJAN, Pere, *Yes. We Camp! Trazos para una (r) evolución*, Madrid, Dibbuks, 2011.

FUENTES, Lara y CLAREY, Patricio, *15-M, Voces de una revolución*, Girona, Panini, 2011.

SALÓ, Aleix, *Españistán. Este país se va a la mierda*, Barcelona, Glenat, 2011.

SALÓ, Aleix, *Simiocracia. Crónica de la gran resaca económica*, Barcelona, Debolsillo/Mondadori, 2012.



Economistas
sin Fronteras



Dossier nº6,
Septiembre 2012

**CRISIS,
INDIGNACIÓN
CIUDADANA Y
MOVIMIENTOS
SOCIALES**